

1. HISTORIAS: DEL BRASIL COLONIAL A LOS INICIOS DEL SIGLO XX

Un breve recorrido sobre la historia brasileña permitirá acercarnos a algunos aspectos claves del ámbito cultural de las primeras décadas del siglo XX. Considero necesario traer al presente escrito un relevo sintético de ciertas dimensiones históricas y sociales, ya que la propuesta visual de Tarsila ha vertebrado articulaciones con los recorridos culturales de Brasil.

El proyecto colonial corría paralelo a la expansión económica y a la necesidad de abrir nuevos mercados en las nuevas colonias. La fase colonizadora de Portugal en el Brasil se encuadró en los procesos de expansión de la economía, en la cual la monarquía consolidaba su poder "...a través de la victoria de la ciudad sobre el campo -la burguesía sobre una débil aristocracia feudal" (Furtado, 2003:20). La ascendente burguesía comercial que resultó del intercambio ultramarino contribuyó al crecimiento portugués, además de participar como clase social en el sistema estatal. El arribo a tierras brasileñas fue un emprendimiento lucrativo en sus comienzos, adoptando luego un tinte colonialista. Brasil fue hallado como parte de la expedición que la Corona portuguesa inició hacia las Indias Occidentales. Durante 1501, el barco que regresó a Portugal transportaba el árbol *pau-Brasil*, objeto de intercambio comercial entre europeos e indígenas, valorado por su tinte. El *pau-Brasil* fue una riqueza en potencia para los navegantes.

La primera organización programática de conquista en Brasil surgió en 1530 con Martim Afonso de Sousa, si bien se sabe que décadas atrás Pedro Álvares Cabral habría arribado a las costas brasileñas. En 1533 el rey de Portugal fragmentó el

gran territorio en quince capitanías, primero a cargo de los nobles o donatarios, y luego bajo las órdenes de un Capitán mayor: Itamaracá, Pernambuco, Bahía, Ilhéus, Porto Seguro, Espírito Santo, Paraíba do Sul, São Vicente y Santo Amaro. Nombrado capitán y gobernador por el mismo rey, Tomé de Souza se ocupó de la defensa de las tierras del sur ante los avances externos. Ya en 1560 un grupo importante de portugueses se había asentado en el nordeste brasileño, quedando el sur con mayor desprotección. Para mitigar el problema y cubrir parte de los territorios, se fundaron São Paulo y Rio de Janeiro.

Las plantaciones de azúcar (cultivo originario de Asia y difundido luego por los venecianos) constituyeron una fuente de riqueza comercial pero también de enfrentamientos, estimulando el interés de otras potencias. El primer ingenio se había fundado en 1533. Luego la industria se expandió especialmente al Recóncavo bahiano y a la franja costera del noreste, una zona selvática cuya tierra oscura y arcillosa se denomina *masapê*. El monocultivo como base de la economía exigía no solo capitales sino mano de obra disponible. En un principio los indígenas esclavizados trabajaban en este sistema latifundista, pero a fines del siglo XVI se comenzaron a traer negros africanos para desarrollar esta faena. En 1630 los holandeses intentarían avanzar en el nordeste brasileño por Recife para acceder al comercio azucarero. En 1639 ya habían conseguido extraer y vender 600.000 arrobas de azúcar. Recife, sitio en el cual, bajo la administración de Mauricio de Nassau “se intentó una remodelación completa de la ciudad según el plan de Peter Post” (Romero, 2007:102), y otras tierras ocupadas por los holandeses hasta 1653, permitieron que el cultivo de azúcar se extendiese hacia las Antillas. Del monopolio inicial con España y Portugal, se abrió el abanico hacia Holanda, Inglaterra y Francia. Ciertos conglomerados brasileños se conocieron como el *sugar belt* de los dueños de ingenios azucareros, quienes utilizaban mano de obra esclava africana¹⁴. Mediante un abrupto trasplante, los africanos -cuyo tráfico continuó vigente hasta entrado el siglo XIX- ingresaban a estas tierras

14 A través de la mixtura entre africanos y portugueses las señas culturales negras cobraron presencia en la sociedad brasileña.

donde mantenían sus costumbres religiosas, un elemento vital para comprender la injerencia de la negritud en Brasil. Por otro lado, los ganaderos del *sertão* en el norte aprisionaban indígenas para ejecutar tareas en el cultivo de azúcar en las zonas de las márgenes. Más tarde se decretaron dos leyes en relación al trabajo del nativo, una en 1609 y otra en 1611, en las que se aclaraba que eran libres y que se les debía abonar un salario por sus servicios. Pero luego se introdujeron modificaciones que dieron marcha atrás a la medida, contemplando la “guerra justa” -el uso de la violencia justificada- en casos donde quedaba argumentada la acción en contra de los indios, y la probabilidad de adquirir, como logro de esa guerra, indios esclavos. Por otro lado, en la primera mitad del siglo XVII el tráfico ilegal convertía al africano en el principal sostén de la actividad en los ingenios. En el siglo siguiente el comercio forzado de negros pasó a ser uno de los negocios más redituables para los mercantes portugueses, con un cálculo que iba de 4.000.000 a 18.000.000 de esclavos vendidos (Furtado, 2003). Los conquistadores y sus posteriores herederos favorecieron los trabajos agrícolas e impusieron el sistema de encomienda, a cuyos encargados se les entregaba un terreno y un grupo de indígenas para labrar la tierra.

La ciudad se consideraba la forma más alta de la vida humana. A partir de la llegada de los europeos, las poblaciones aborígenes que “habían desarrollado su propia cultura y constituían un mundo autónomo” fueron avasalladas mediante el poderío imperial, para el cual “la invasión de un mundo ajeno estaba dentro de la lógica de su propia transformación” (Romero, 2007: 21). La formación de las ciudades conformó un instrumento para consolidar la expansión y asegurarse los frutos. La muralla y el mercado eran los símbolos que representaban funciones que la ciudad debía cumplir. Si la zona estaba ocupada, los combatientes, eclesiásticos y mercaderes ingresaban a los sitios, usurpaban las defensas, los religiosos se instalan en los templos y los mercaderes activaban el comercio. La mayoría de las veces, la ciudad latinoamericana se erigió a modo de fortaleza, para evitar los embates indígenas y proteger al ejército. São Paulo fue erigida sobre poblaciones nativas que quedaron cubiertas por la planta regular y la construcción de tipo europeo, modificando el centro misional

de 1554 en ciudad. Uno de los jesuitas que arribaron a la aldea de São Paulo de Piratininga fue el Padre Anchieta¹⁵ que llegó en 1553 a Brasil. El centro de la fundación era el colegio de los jesuitas y la Iglesia, con las viviendas indígenas alrededor; con el tiempo, los *bandeirantes*, descendientes de portugueses que se dedicaba a capturar indígenas, hicieron "...una base de operaciones para la casería de indios que luego se vendían como esclavos, con lo que São Paulo se convirtió en un importantísimo mercado de 'esclavos rojos'..." (2007: 57). Tras la ocupación territorial y la disposición de una nueva comunidad se fundaron las ciudades de modo oficial. Esta primera ola fundacional dependió de las decisiones de los conquistadores. El acto político simbolizó la posesión del territorio y la sujeción de la población indígena. A comienzos del siglo XVIII en Bahía existían 10.000 pobladores, en Recife 8.000 y en São Paulo 7.000. La actividad comercial imponía cierto orden a la sociedad, sumando a ello la idea de progreso dominante en el ámbito político. A fines del siglo XVIII Salvador de Bahía contaba con 100.000 habitantes, São Paulo se acercaba a los 20.000 y Rio de Janeiro a los 60.000. En todo el Brasil la población rodeaba las 3.000.000 personas.

En 1698 el descubrimiento del oro había cambiado el rumbo del país. Los paulistas detentaron su monopolio pero más tarde se adentraron desde el norte los buscadores del metal precioso. Una de las primeras ciudades donde se halló oro fue Ouro Preto, que desde 1720 pasó a ser capital de la Capitanía de Minas Gerais, separada de la de São Paulo. El rubro de la minería aumentó el ingreso económico pero a la vez incentivaba el tráfico de esclavos en pos de continuar y mantener la extracción de las minas auríferas y de diamantes. El oro fomentaba la atracción de habitantes a esa zona. La explotación minera se desplazó al Mato Grosso y a Goiás, centro histórico ubicado en una posición estratégica para la Corona de Portugal, fundado por Anhanguera. Rio de Janeiro fue adquiriendo relevancia como zona de cultivo de arroz y algodón.

15 Este clérigo aparece mencionado en el *Manifesto Antropófago* de Oswald de Andrade: "Contra Anchieta cantando a las once mil vírgenes del cielo, en la tierra de Iracema -el patriarca João Ramalho fundador de San Pablo" (Laera y Aguilar, 2001: 46).

El siglo XVIII asistió a una serie de enfrentamientos armados, como los ocurridos entre Olinda y Recife en el norte, o entre los paulistas y norteos en Minas Gerais, haciendo visible la creciente debilidad de Portugal. En 1717 se impuso el gobierno virreinal instalado en 1763, en Rio de Janeiro. Mientras tanto, Portugal había firmado con España un tratado con el propósito de demarcar geográficamente la frontera que dividía a las tierras conquistadas por ambas potencias, hecho que generó fricciones y desembocó en la denominada “Guerra Guaranítica” que finalizó en 1761. Recién en 1777 el acuerdo fue retomado pero con ciertos cambios, por los cuales España se arrogó derechos sobre todo el Río de la Plata sumando el lado oriental del Río Uruguay, quedando en manos portuguesas la Isla de Santa Catalina.

Según Leopoldo Zea (1976), en Ouro Preto se comenzó a reunir una élite cultural que iría forjando los ideales de la independencia de Portugal bajo el nombre de “Inconfidencia Mineira”. Sus ejemplos se hallaban en la Revolución norteamericana y en los rumores que circulaban sobre la Revolución francesa. En 1792 se inició una conspiración donde participaría José Joaquín da Silva, conocido como *Tiradentes* (1746-1792), sentando un antecedente histórico. Comenzado el siglo XIX y cuando ingresan las tropas de la invasión francesa perpetrada por Napoleón Bonaparte, el rey don Juan VI de la Casa de Braganza y su familia escaparon de Portugal hacia Brasil, estableciendo su Corte en Rio de Janeiro. El rey otorgó derechos favorables a estas tierras mediante la Constitución del Reino Unido de Portugal, el Brasil y los Algarves de 1815, donde se reconocía la primacía económica brasileña y cierta autonomía política. Aún con la derrota napoleónica, don Juan permaneció en Brasil. Su particular estímulo a las artes y a las ciencias auspició un nuevo rumbo cultural. En 1820 una revuelta en la ciudad de Oporto obligó al rey a regresar, y en 1821 dejó a su hijo Pedro como heredero. Al siguiente año el propio Pedro proclamaría la Independencia de Brasil con el grito de Ypiranga “Independencia o Muerte”. Al frente del imperio independiente, el rey asumió con el nombre de Pedro I. El núcleo ideológico que fundamentaba el pensamiento brasileño era el eclecticismo, sinónimo de una doctrina de conciliación y característico de la transición de creencias provenientes de la Co-

lonia a concepciones más libres o renovadas del imperio. La ruptura con Portugal no menoscabó su presencia en tanto herencia cultural. En este medio, fue surgiendo una burguesía con matiz nacionalista que se refugiaba en un orden progresista instaurado por Pedro I para luego desvincularse. Con el correr de los años, se inició una serie de luchas que llevaron a este monarca a abdicar al trono en 1831. Su sucesor Pedro II era por entonces menor de edad, y fue asistido por un Consejo de Regencia hasta ser mayor. La forma monárquica constitucional de gobierno se prolongaría hasta 1889, etapa donde nació la República, un año luego de ser abolida la esclavitud en Brasil.

Hacia fines del XIX predominó el pensamiento positivista de Augusto Comte bajo el lema de “Orden y progreso”, una ecuación que otorgó fundamentos a posiciones tanto modernistas y renovadoras como dogmáticas y reaccionarias, entendido como un instrumento idóneo para una realidad en plena transformación que asistió al crecimiento de la industrialización. El orden, supeditado al control de la sociedad y a los modos de acción de la élite política, y el progreso, asociado a los procesos modernizadores, eran las dos caras de un mismo proyecto en el horizonte de la nación brasileña. La Carta Constitucional de 1891¹⁶ exponía los preceptos liberales que se establecerían en Brasil.

Aunque el aporte de la perspectiva liberal a la democracia brasileña fue condicional y relativo, en 1870 se gestó un grupo de intelectuales que no coincidían con los parámetros políticos del imperio, expresando sus divergencias. La apertura hacia nuevas ideas fue penetrando en el imaginario de Brasil, pergeñando un proyecto futuro de nación civilizada y progresista. Las vías para superar el estancamiento intelectual y científico se bifurcaron. Por un lado se depositó en el Estado la misión de llevar a cabo acciones modernizadoras que sistematicen la República, y por otro, los sectores sociales reclamaban y aunaban sus luchas en pos de la construcción de una identidad brasileña combatiendo la esclavitud y la desigualdad. En 1870 finalizó la Guerra con el

16 Establecida por la República de los Estados Unidos de Brasil, le otorgaba la autonomía a las provincias que pasarían a ser denominadas Estados. El gobierno central sólo tendría injerencia en los poderes locales a través de las oligarquías instauradas.

Paraguay, donde Brasil había formado una coalición con Argentina y Uruguay. En ese contexto el federalismo cobraba simpatía, a la vez que el régimen monárquico comenzaba su decadencia. Se firmó el Manifiesto Republicano, publicado en el N° 1 del periódico *A República*, depositando la confianza en el orden, la razón y los deseos de libertad y progreso. Los debates se profundizaron y un golpe militar decretó la República el 15 de noviembre de 1889, asimilando el contenido orgánico de la propaganda política con el federalismo. Ante la República Federativa, fue nombrado Arístides Lobo como primer ministro del Interior del 1° Consejo de Ministros republicanos. Para fomentar el mito republicano era indispensable publicitar el ícono del héroe como cimiento de la unificación colectiva, y en este caso se recurrió a la imagen de Tiradentes¹⁷:

La búsqueda de un héroe para la República acabó teniendo éxito donde no lo imaginaban muchos de los participantes de la proclamación. Frente a las dificultades para promover a los protagonistas del día 15, quien se reveló entonces capaz de satisfacer la mitificación fue Tiradentes (Murilo de Carvalho, 1997: 84).

Con la promesa de “Orden y progreso” -que finalmente fue bordada en la bandera nacional brasileña- la flamante República enfrentaría la Guerra de los Canudos, un conflicto que representó la oposición entre la República y el humilde mestizo del *sertão*. La población de la aldea de los Canudos fue derrotada cuando cayó su representante Antonio Vicente Mendes Maciel, quien resistió hasta lo último el avance de los militares. Previamente al advenimiento de Campos Salles como presidente en 1898, se revelaron las ambigüedades de este nuevo estado político. El poder pasó a manos de la oligarquía paulista, reafirmandose el modelo liberal, republicano y federalista que terminó favoreciendo a los grupos de élite, colocando al Estado por sobre la sociedad y minimizando los derechos ciudadanos del resto de la población. Los presidentes que sucedieron a Salles hasta los años 30 perpetuaron la tradi-

17 Sobre este personaje se ha polemizado largamente, si era un verdadero líder o mero seguidor, auténtico revolucionario y activista o no. La construcción del mito del héroe apelaba a un imaginario que instalase los alcances simbólicos de su popularidad y proyección social. Tiradentes fue el mártir elegido para simbolizar a quien se sacrificaba por un ideal.

ción federal como solución política y facilitan el mantenimiento de las oligarquías. La asunción de Rodrigues Alves en 1902 auspició el ingreso de inmigrantes europeos que según su opinión sesgada, podrían mejorar la raza. De ese modo, acorde a las teorías raciales científicas, se descalificaba a la población negra esclava y a la mestiza. La tónica científica puso en marcha una serie de recursos sanitarios que si bien mejoraron las condiciones públicas de higiene, también invadieron las humildes viviendas de los brasileños. En nombre del progreso, el alcalde Pereira Passos envió demoler una zona de la ciudad de Rio de Janeiro para materializar la gran Avenida Central, a costa de grandes gastos monetarios.

En 1922 se festejaron los 100 años de la Independencia con su contrapartida, la Semana de Arte Moderno en São Paulo. Este hecho que detonó la irrupción vanguardista en el medio cultural y fue una respuesta polémica acerca del festejo del Centenario en el plano cultural, ya que la preocupación de los artistas participantes era la búsqueda identitaria y una renovación en la dimensión artística, acorde a los nuevos tiempos, en abierto rechazo a los cánones de la tradición académica del siglo anterior¹⁸.

18 Justamente a raíz del Centenario se organizó en Rio de Janeiro una Exposición Internacional. Las Exposiciones Universales se venían efectuando desde 1851 y eran sinónimo de avance tecnológico y científico del país representado. Rio se ofrecería como capital modernista de una nación que pretendía ser equiparada con otras de corte progresista a nivel mundial. Para emplazar la gran muestra hubo que derribar el *Morro do Castelo*, que databa del siglo XVI y albergaba el antiguo Colegio de los Jesuitas, a fin de ampliar el espacio y dar lugar a los Pabellones que provenían del exterior. En un escenario grandilocuente, Brasil exhibió sus esfuerzos por desplegar una imagen de “Orden y progreso”, riqueza y civilización. José Vasconcelos, por entonces Secretario de Educación del gobierno mexicano, quedó impresionado por un Brasil que parecía materializar fehacientemente su anhelada raza cósmica (De Souza Neves, Rolim Capelato, 2004: 132). Pero por detrás de esa visión edénica la sociedad mostraba sus grietas, como lo fue el levantamiento de Pernambuco y la posterior ocupación federal, o los conflictos militares en las fuerzas de la Marina y el Ejército.